

Hoy es el 7<sup>º</sup> domingo de Pascua, pero este domingo es diferente al resto del tiempo Pascual, porque Jesús ya ha ascendido. Pentecostés no es hasta la semana que viene, que es cuando nuestros miedos son superados por el espíritu. Pero esta semana, estamos inseguros, un poco tímidos. Es bueno para reflexionar sobre nuestra situación.

Creo que este domingo es un poco como la historia de María y Marta en Betania. ¿Ustedes acuerdan de las dos hermanas que entretenían a Jesús? Marta estaba ocupada en la cocina y María se sentó a los pies de Jesús para escuchar su enseñanza, María tenía la mejor parte.

Estábamos como María durante las últimas semanas, nos sentamos a los pies del Señor resucitado y abrazamos sus enseñanzas. Es un lugar agradable. Nos sentamos cómodamente a los pies de Jesús, sin cuidado ni responsabilidad en el mundo.

Pero ahora, el tiempo de María ha terminado, Jesús ha ascendido y ha vuelto la enseñanza y el testimonio a nosotros. Podríamos pensar en esto como el tiempo de Marta. Pero debemos tener cuidado con las trampas:

Jesús nos ha dejado, pero no nos ha abandonado. El abandono es diabólico, deja a la gente devastada y sola. Pero Jesús nos ha equipado de dos maneras para lidiar con su ausencia. Primero hemos tenido los beneficios de su enseñanza. Todo el tiempo de María que hemos pasado escuchando a los pies de Jesús ahora dará sus frutos, podemos usar lo que aprendimos cuando nos encontramos con personas, para entender y amar como Jesús lo quiere.

Pero mucho más importante es que tenemos el ejemplo de la persona misma de Jesús. Jesús se enfrentó el abandono y la traición, no con la venganza, no con la culpa, sino con un arma mucho más poderosa: la esperanza. Frente a la muerte, después de la crucifixión, Jesús resucitó de los muertos, de una vez para siempre. Respondió a la muerte con la

vida, a la desesperación con la esperanza, al abandono con la compañía.

¿Cómo podemos no seguir este ejemplo?

El evangelio que estamos llamados a predicar es matizado por el mundo en que vivimos. Hoy vemos un mundo de violencia alrededor de nosotros, donde un grupo practica el terrorismo, y otros responden con bombas, donde nos burlamos unos a otros, y los que se burlan responden con Disparos en una escuela. Un mundo donde nos mantenemos alejados de los demás, y luego nos preguntamos por qué estamos solos. Qué desafío radical tenemos para predicar el evangelio en este mundo. Para predicar con la paz de nuestras vidas y corazones, ante la violencia que nos rodea. Para predicar la unidad cuando estamos solos. Para predicar con la fe de nuestro compromiso con Cristo, en un mundo que cambia tanto, que nada parece seguro. Este es el reto de esta semana. No estamos abandonados en la Ascensión; ¡estamos libres! Estamos libres para practicar y predicar el evangelio.

Ahora nos reunimos en torno a la mesa del Señor. Jesús, que estaba quebrado, hizo a otros enteros. **Jesús, que murió, resucitó a la nueva vida.** Jesús, nuestro maestro nuestro compañero, ahora nos hace libres. Nos alimentamos aquí, nos fortalecemos con la presencia del otro. Y vivimos una vida de esperanza ante la desesperación. Esta es nuestra Eucaristía, y ésta es nuestra Fe. ¡Aleluya!